y, por decirlo así, desahuciada de los médicos y de las siervas de Jesús que asistían á mi niña de cuatro años; perdidas todas las esperanzas en lo humano, recurrí con toda la fe de mi corazón en súplica al Inmaculado Corazón de María santísima para que diese á mi hija la salud sacándola del trance de la muerte á que la conducía una fiebre de 42 grados.

„ Al efecto me dirigí ansioso, pero confiado, á la capilla de los Padres Misioneros del Inmaculado Corazón de María; hice ante la veneranda imagen mis humildes súplicas, y puedo decir que no fueron desatendidas ni por un momento, porque al volver á mi casa encontré á la niña fuera de peligro. Según el diagnóstico del médico, la enfermedad tenía que ser muy larga, aunque desapareciera la gravedad; pero continué mis preces al Corazón de María, y puedo decir que, sin medicinas de ninguna especie, la niña quedó sana á los tres días como por milagro. Agradecido á tal beneficio lo hago público, según prometí, para que vean todos los archicofrades y los que aún no lo son cuán misericordioso es el Inmaculado Corazón de María y cómo atiende á los que con verdadera fe recurren á su protección, mostrándose siempre benigna y atenta á los ruegos que se le dirigen con filial confianza. „

## CAPÍTULO IX

### RELACIONES DEL CORAZÓN DE MARÍA CON LAS BELLAS ARTES, Y PRIMERO CON LA ARQUITECTURA

SUMARIO: Utilidad moral de las bellas artes. — Utilidad de las bellas artes en orden al Corazón de María. — Relaciones arquitectónicas del Corazón de María.

Pues qué, ¿también hemos de tratar de las bellas artes? ¿Qué tiene que ver esto con la devoción al Corazón de María? Quizá á alguno de mis lectores se le ocurrirá hacerme estas preguntas cuando lea el epígrafe con que encabezo este capítulo. Antes de entrar en materia procuraré satisfacer su curiosidad.

Sí, amadísimo lector; también hemos de tratar del Corazón de María en sus relaciones con las bellas artes; hemos de dar también su partecica á esa clase tan noble y distinguida de la sociedad que llamamos artistas. Y más hoy día que abundan tanto, y que todos los que algo entienden se precian más ó menos de ser tales, no convenía descuidarla ni dejarla correr sin honesto freno á sus anchuras.

Y esta clase social, ¿es, por ventura, menos nece-

sitada? ¿Acaso porque parece vivir en las regiones ideales tiene menos necesidad de ser dirigida en el camino de la vida real? ¿No debe también el artista, como todos los demás hombres, encaminarse á Dios y dirigir á la gloria de Él todas las obras de sus manos? ¿No tiene una misión nobilísima que cumplir, cual es la de levantar las miradas de los hombres á la contemplación de la Belleza eterna, la de infundir en sus almas el amor á ésta misma Belleza? ¡Oh, y ¡qué misión ésta tan difícil para el corazón de un artista humano!

Si los ángeles fueran artistas, en sus obras veríamos siempre el reflejo de la Belleza increada. Pero, desgraciadamente, el arte está confiado á los corazones deleznables de los hombres. Ya comprendes, benévolo lector, lo que quiero decir; pero por si acaso te queda aún alguna duda, te lo diré más claro. El pobre artista tiene pasiones como los demás hombres, con la diferencia de que en él suelen ser más vivas y vehementes; tiene un corazón de carne, donde se levantan con frecuencia llamas impuras, que enturbian y tiznan las producciones de su fantasía, y cuanto su corazón es más sensible y más de fuego, tanto mayor riesgo corre de extraviarse, dejándose seducir por el falso brillo de las hermosuras terrenas. ¡Cuán triste es la experiencia de esta verdad! ¿Qué significa, si no, ese diluvio de novelas obscenas, de pinturas provocativas, de poesías y dramas que el rubor prohibe nombrar? Los teatros, los salones, las librerías, las imprentas son, casi en todas partes,



otros tantos centros de corrupción, otras tantas escuelas del amor profano, que aleja las almas de Dios, arrebatándolas al amor de Jesucristo.

Mira, querido lector, mira si se abre vasto campo á tu celo, y si necesita éste desplegarse de una manera especial en la clase de los artistas. Si algún amor tenemos á Jesús, si nos afectan algo sus más caros intereses, empecemos los dos por orar en favor de los desgraciados artistas; sea ésta una de las principales intenciones en nuestras obras buenas, y dichosos nosotros, amadísimo lector, mil veces felices, si alcanzamos con nuestras oraciones que el amor de Jesús reine en uno solo de esos ardientes corazones de artista, y que se posesione de tal manera de él que eche fuera al amor mundano. ¡Oh, cuánto habremos aumentado con esto los intereses de nuestro amado Salvador! ¡Cuántas maravillas de la gracia habremos obrado sin pensar quizá en ello! Ese pobre artista, convertido con nuestras plegarias, cesará en sus perversas publicaciones, y con esto sólo, ¡cuántos pecados habremos evitado! ¡Cuántas almas que estaban destinadas á ser seducidas por las futuras producciones del pobre artista se habrán mantenido fieles al divino Pastor y le habrán dado sin duda mucha gloria! Pero hay más aún: el corazón de ese afortunado artista, que tan apasionado estaba antes por las bellezas corruptibles, quedará tan prendado y enamorado de la divina hermosura de nuestro amable Redentor, que palpitará en sus escritos y en sus obras, y se dejará sentir con tales hechizos que

abrase las almas de los lectores con este casto amor, mucho más que antes las hacía arder en perniciosos amores. ¡ Cuán fácilmente ganará las almas para Jesucristo! Y todas esas almas mantenidas en el rebaño de Jesucristo ó atraídas de nuevo á él, serán fruto quizá de una sola Avemaría, de una jaculatoria, acompañada de alguna pequeña mortificación, que habremos ofrecido al Corazón de Jesús ó al Corazón de nuestra Madre por la conversión de aquel artista. ¡Oh, cuán bueno, cuán amoroso es nuestro Dios, que así nos ha facilitado el darle inmensa gloria y el acrecentar sus intereses !

Muchos ejemplos prácticos, amigo lector, podria traer aquí en confirmación de esta verdad consoladora ; mas para consuelo de entrambos recordaré tan sólo uno muy sabido, pero que electriza mi alma y acaso tampoco disgustará á tu fervoroso corazón.

Me refiero al P. Fáber, del Oratorio de San Felipe Neri. Sí ; Federico Guillermo Fáber nació á principios de este siglo de una noble familia : dotado de extraordinario ingenio, de imaginación brillante y de corazón de fuego, á los veintidós años ocupó ya uno de los cargos más honrosos en la Universidad de Oxford y era reputado por uno de los principales poetas de Inglaterra. Tenía la desgracia de ser furibundo anglicano, y empleó gran parte de sus talentos y cualidades artísticas en atacar á la Religión católica y á sus ministros. Mas tocado de la gracia, luego que por el estudio se convenció de que la Religión católica era la única verdadera, la abrazó con fervor todavía jo-



ven, y en reparación de sus escándalos publicó en 1853 esa obra inmortal, el *Todo por Jesús*, su monumento literario más precioso, fiel reflejo de su bellísima alma, la obra del amor divino encarnada en el corazón de un gran artista. Sus iluminadas páginas exhalan un perfume celestial que hace penetrar en el alma suavemente el purísimo amor de Dios ; no sé qué hechizo tienen sus frases que, empezando á leerla con el corazón frío, uno se halla luego, y sin saber cómo, amando á Jesucristo y deseando trabajar por su gloria. ¡Benditas páginas, benditas frases que tantas almas han atraído al amor de nuestro dulcísimo Jesús ! ¡ Oh ! si hubiera muchos artistas de este género, ¡ cuán de otra manera andarían los intereses de Jesucristo ! Y ¿ quién se acuerda de rogar por esta clase tan necesitada, y que tanto puede dañar ó favorecer la causa de Jesús ?

No sé si siempre atinamos á ver dónde se hallan más comprometidos los intereses de nuestro amable Redentor ; pero creo que no debiamos descuidar en nuestras devotas intenciones el rogar al Señor que flamara en su santo amor el corazón de los artistas para que, libres del amor terreno, sus obras respiraran también el fuego del divino amor y atrajeran así las almas á Jesucristo, en vez de arrancárselas, como desgraciadamente acaece. Piensa ahora, carísimo lector, si es ó no útil tratar del arte.

***

Mas para que veas que es también útil hablar de

las bellas artes en orden al Corazón de María, apuntaré algunas breves reflexiones, que serán más aclaradas por lo que después en particular diré.

El corazón de los artistas, tan inclinado al amor, necesita un objeto noble y hermoso en que emplearlo, para que así no se ilusionen con bellezas vanas y fugitivas, ni queden frustrados sus talentos, puesto que sería vano empeño tratar de secar en sus fuentes las corrientes amorosas en vez de encauzarlas como conviene. En este siglo de sentimentalismo, en que se han beneficiado para el arte las más profundas venas del corazón; en este siglo que todo lo convierte en sentimiento y deja respirar libremente los afectos del alma, sin ahogarlos con las exuberantes producciones de la fantasía que en los dramas de Calderón, Lope de Vega y muchos otros de nuestros poetas clásicos hacían el sentimiento innatural y artificioso, dejando en realidad frío el corazón; en este siglo, en fin, nervioso, exaltado, en que todo se trueca en suspiros amorosos, amables melancolías y ensueños de amor, y en el que un corazón habla á otro, como por medio de corriente eléctrica, sin rodeos, sin necesidad de excitar antes la imaginación con mil y mil representaciones, ¿qué hacía falta al corazón de los pobres artistas para no extraviarse? ¿Podía ofrecérseles objeto más halagüeño, más dulcemente seductor, y que á la vez con mayor suavidad los condujera al amor divino, al amor de la eterna belleza, que el Corazón Inmaculado de María?

Un Corazón purísimo, como de Virgen; ternísimo,



como de Madre, y perfectísimo, porque en él residen como en su propio asiento los más dulces afectos, capaces de arrebatar nuestro amor, la generosidad, la compasión, la solicitud maternal, la mansedumbre, todo cuanto puede hacer amable á un corazón; un Corazón donde entraron aquellas sublimes melancolías que son el perfume más embriagador del arte moderno, donde habitó el dolor más profundo con la constancia más heroica; un Corazón víctima en la Pasión de Cristo de la mayor desgracia, y coronado en la Resurrección con el mayor triunfo; un Corazón, en suma, todo llamas de casto amor, todo dulzura, todo suavidad, era cabalmente lo que necesitaba el corazón del artista del siglo XIX.

Y esto fué lo que Dios, en su infinita misericordia, le concedió; pues en nuestro siglo ha manifestado visiblemente las bellezas encerradas en el Corazón de María, en él ha acabado de descorrer el velo que ocultaba tanta luz, y al mostrárnoslo providencialmente cuando la nueva vena del sentimiento lanzaba corrientes impetuosas é infundía en el arte nueva y espléndida vida de amor y de luz, parece que ha querido decirnos nuestro bondadoso Señor: "Cantad, artistas, cantad al Corazón de María; es el Corazón de vuestra Madre, y el Corazón del Hijo y el Corazón de la Madre se hablan mutuamente; es el Corazón de una Virgen coronado de azucenas, y en él sonríen todas las gracias de lozana y hermosa juventud; cantadle, pues, y trasladar á vuestras obras los bellos sentimientos de este Corazón."

Sí, queridos artistas; en las afectuosas corrientes de este Corazón podéis beber á vuestro gusto, porque hallaréis en él la fiel correspondencia que desean vuestros pechos, las delicias más puras, los goces más honestos, las inspiraciones más nobles y elevadas, una vena inagotable de amor, dulzura y felicidad, y hasta si queréis, podéis entregaros dentro de su seno á esos ensueños amorosos que tanto os halagan. ¡Dichosos mil veces si os llegáis á prendar del Corazón de María! Muy pronto os enamoraréis de Jesucristo, y en la belleza encarnada descubriréis nuevos é inestimables veneros para vuestras producciones que reflejarán la belleza infinita y levantarán á Dios el pensamiento de los que las contemplen, ejerciendo así con fidelidad el noble apostolado á que el Señor os llama.

***

Entre las bellas artes ocupa el postrer lugar la Arquitectura, aunque tiene lados tan luminosos y sublimes que muchas veces causa efectos más sorprendentes que las demás. Sírvese para el ornato de la Pintura y Escultura, y tanto éstas como aquélla, de su mutua compañía y harmonización sacan más alta importancia estética, comunicándose los rayos de luz como si hubieran nacido para estar siempre juntas y ayudarse como buenas hermanas.

¿Y qué relaciones tiene la Arquitectura con el Corazón de María? Para precisarlas menester es resolver la difícil cuestión en qué consiste y cuál es la línea divisoria que la separa de la Escultura. Si mi ánimo fuera escribir directamente sobre estética, entraría de lleno en el asunto; pero no siendo éste mi intento, me limitaré á exponer sencillamente mi opinión.



La Arquitectura, á mi juicio, tiene por objeto encarnar la belleza espiritual en la cantidad ó magnitud de las proporciones. Efectivamente, el fin principal de la Arquitectura es construir la morada de Dios ó del hombre. Los templos fueron el primer objeto en que se empleó como bella arte la Arquitectura. Como se trataba de dar forma sensible á la grandeza, inmensidad y eternidad de Dios, nada más propio halló el genio de los primeros artistas que levantar moles gigantescas, las que en su regularidad, solidez y extraordinarias dimensiones llevaron como impresos los atributos más característicos de la Divinidad. Cuanto alzaban más su vuelo las columnas y más grandioso era el edificio, tanto más apto se le consideraba para que la gloria del Altísimo descendiera á habitar en él y á recibir allí las adoraciones de los mortales.

Más tarde, cuando el hombre empezó á reflexionar sobre su dignidad y grandeza moral, y pretendió reflejarla en las obras del arte, la Arquitectura extendió la esfera de su acción, y las casas, destinadas antes para la decente mansión del hombre y de sus cosas, se trocaron en suntuosos palacios, ordenados, no tanto á satisfacer alguna necesidad ó conveniencia, cuanto á representar la majestad y grandeza de los que debían habitarlos. No obstante, los templos, ma-

yormente después de la aparición del Cristianismo, han continuado siendo en todas las naciones civilizadas el objeto principal y preferido de la Arquitectura; y muy justamente, pues no hay grandeza como la de Dios que así merezca ser representada y que pueda dar á las obras arquitectónicas carácter tan sublime y que con tanta viveza pueda herir la fantasía por su elevación y majestad. La grandeza humana está empequeñecida con muchas miserias; si la dignidad moral del hombre hácele perder de vista cuando obra justa y rectamente, sus acciones vulgares, y más aún los vicios que con frecuencia le envilecen y rebajan, hácenle impropio para una representación sublime y seria, cual lo requiere la verdadera Arquitectura. Para los hombres muelles que hoy día habitan los palacios, dice bien ese ornato lujoso, que no inspira en el alma idea alguna noble y levantada; pero disuena mucho la sublime majestad del edificio, representación de ánimos más grandes y generosos que aquellos que los ocupan. Para los que en la vida humana no buscan sino la comodidad y el regalo, el positivismo moderno ha inventado esos grandes y prosaicos *hoteles*, bonitos si se quiere, pero no sublimes; grandes casas, pero no palacios.

Si es, pues, tan difícil hallar entre los hombres que disponen de recursos verdadera grandeza moral que merezca ser representada en la grandiosa mole de los edificios, no queda casi otro arbitrio al arquitecto que noblemente quiere ejercitar su profesión si no es levantar templos á la Majestad soberana de Dios y



esforzarse en prepararle habitación digna que recoja los ánimos de los fieles é insensiblemente los arrebate á la contemplación del Ser infinito.

En el Corazón de María hallará un modelo perfectísimo que imitar, porque él fué el templo más digno, augusto y santo que se consagró á la Divinidad. Mire bien las dimensiones de aquel Corazón, que abarcó al que no pueden contener los cielos; contemple aquella harmoniosa combinación de la luz de sus eminentes prerrogativas con las sombras de su humildad y de sus inmensos dolores, y aprenda en él á combinar de tal suerte la luz con las sombras que causen cierta misteriosa obscuridad que aleja los límites y agranda las proporciones, de donde nacen golpes sublimes y maravillosos efectos.

El Corazón de María fué un templo hermosísimo á la vez que grandioso. Sus paredes todas, cubiertas de oro purísimo por medio de la encendida caridad que continuamente lo abrasaba; sus columnas, más sólidas que el mármol por la constancia en padecer y tan levantadas á lo alto por la rectitud de intención que parecen desafiar al mismo Dios; sus arcos, más extendidos que los de la bóveda estrellada, porque los extremos de su amor abarcan á todos los habitantes del cielo y de la tierra. En medio de este templo álzase un altar de oro purísimo, sobre el cual está ofreciendo constantemente agradables hostias al Señor; sobre los nichos de las paredes, que son los senos de su memoria, resaltan grupos sublimes que representan á Jesucristo en los diversos pasos de la Pa-